

—¿Tan grave está? exclamó Binic.

—Muy grave, contesto Cláudio.

XII.

Amante y querida.

Era de día.

A las ocho se abrió la puerta de la habitación en que agonizaba Juana, y Marta, apareciendo en su dintel, hizo una seña á Cláudio, que la siguió á la cocina.

—¿Qué quieres? la preguntó Cláudio.

—Ahi acaba de llegar un caballero que quiere ver á la enferma.

—Quiero verla y hablarla, dijo una voz detrás de Marta.

Era Roger de Ambares.

Al ver á Cláudio, sus facciones se contrajeron fuertemente.

—¿Quién era aquel hombre que se interponía siempre entre Juana y él?

Cláudio permaneció impasible.

—¿Quereis ver á la señorita Trelan? dijo.

—Con vuestro permiso, contestó irónicamente Roger.

—No puedo dároslo, caballero.

—¿Por qué?

—Por dos razones.

—La primera...

—Porque en mi calidad de médico, no puedo consentir que sufra la menor emoción, porque la mataría.

—¿Tan grave es su estado?

—Si Dios no hace un milagro, está perdida.

—¿La ciencia no puede hacerlo?

Cláudio se encogió de hombros desdeñosamente.

—Interiormente, Roger se alegró.

Si Juana estaba de tanto peligro, aunque se salvarse no podría ser un obstáculo á su boda.

—¿Y la otra razón? preguntó con altanería Roger.

—La otra razón es la voluntad de la señorita Trelan.

—¿No quiere recibirme?

—La señorita Trelan no se halla hoy en estado de expresar su voluntad.

—Entonces...

—Pero en el momento de ser atacada por la enfermedad que la mata...

Cláudio vaciló.

—¿Esa enfermedad habrá sido provocada por alguna revelación terrible? preguntó Roger.

—La señorita Trelan, prosiguió Cláudio, dió orden de que no se permitiera poner los piés en su habitación al Sr. Roger de Ambares. ¿Sois vos el Sr. de Ambares?

—El mismo.

—Debo cumplir las órdenes que tengo.

—¿Con qué carácter?

—Con el carácter de médico.

—¿Nada más?

—Y con el de amigo.

—¿Y el de amante?

Los ojos de Cláudio se clavaron como una flecha en el pálido rostro de Roger.

—Dejad morir tranquilamente á vuestra víctima, añadió, y no la insulteis. Un caballero no se expresa en los términos en que acabais de expresaros. A mí sólo me inspira la señorita Trelan el más profundo respeto.

—Mas la insultais vos, defendiéndola, repuso Roger.

—Tengo otro motivo para defenderla. Es parienta mía.

—Es verdad, contestó Roger, vuestro padre era primo del suyo. Conozco esa historia.

Cláudio palideció.

—Si deseo ver á la señorita Trelan, continuó Roger, es porque tengo derecho para verla. ¿No lo sabiais?

—Sí. Lo sé todo.

—¿Y continuais oponiendos á que vea á mi querida?

—Sólamete engañada por vuestras promesas ha podido ser la señorita Trelan querida vuestra. Pero

es demasiado digna para volver á veros después de vuestra traición. ¡No la vereis!

—¿Quién lo impedirá?

—Yo.

—Al menos teneis la virtud de la franqueza.

—Lo procuro.

Roger hizo un violento esfuerzo para contenerse.

—Estais abusando de mi situación, dijo. Nos veremos las caras.

—Cuando gustéis. Aunque viérais á la señorita Trelan, no conseguiriais nada. No os conocería. Pero si quereis gozaros en vuestra obra, venid.

Roger siguió á Cláudio.

Al llegar al descansillo de la escalera, Roger se paró.

—Hay un detalle que ignorais sin duda.

—¿Cuál?

—Es un detalle que puede hacer más grave su estado. Por eso se lo revelo al médico.

—¿Qué quereis decir?

—Juana está en cinta.

Una sonrisa indefinible entreabrió los labios de Cláudio.

—Estaba, contestó tranquilamente. Ya no lo está.

Roger retrocedió un paso.

—¡Y os atreveis á decírmelo! exclamó apretando los puños. Que infernal maniobra...

Cláudio no perdió la serenidad.

—La casualidad ó la Providencia, como queráis llamar, á ese poder oculto que preside nuestros destinos, ha roto el último lazo que unía á la señorita Trelan con un hombre á quien ya no amaba. El sábado estuvo á ver la torre de Elven. También estuvisteis vos y no fuisteis solo... ¿Adivináis lo demás? La señorita Trelan oyó vuestra conversación con la señorita de Fonterose...

—¡Caballero!

—Yo también estaba allí. Cuando la señorita Trelan volvió á Elven no era ya madre. Habeis matado á vuestra querida y á vuestro hijo. Ahora entrad y la vereis.

Cláudio se acercó al lecho de Juana y se inclinó sobre ella.

—¡Juana, murmuró!

Juana se volvió hácia el sitio de donde partía la voz.

—¿Cómo os sentís? la preguntó Cláudio.

—Mejor. ¿Estáis ahí?

—Sí.

Los ojos de Cláudio se llenaron de lágrimas.

Juana, al volver en sí, le devolvía la esperanza de salvarla.

—No me abandoneis, balbuceó la enferma. Tengo miedo...

—No, no os abandonaré.

Roger no se atrevía á dar un paso.

Cláudio se separó á un lado y le dejó frente á frente de Juana, que, al verle, levantó la cabeza de la almohada y gritó, extendiendo la mano hácia la puerta:

—¡Vete!

Después dejó caer pesadamente la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

—Ya veis que no os engañaba, dijo Cláudio á Roger, señalándole, á su vez, la puerta.

XIII.

Cobardías humanas.

Al volver á Santa Gilda, Ambares se sintió terriblemente mortificado por unos celos de que nunca se hubiera creído capaz.

El grito de odio de Juana le había llegado á lo más hondo del alma.

Al verla, se había reanimado el fuego de su antiguo amor.

—¡Vete! le había dicho.

Si hay en la gran obra de Victor Hugo una situación cuyo recuerdo se conserva siempre, es la de aquel loco sardónico y depravado, Triboulet, pensando en la maldición de Saint Vallier.

—¡Ese viejo me ha maldecido!

Aquella palabra ¡vetel resonaba como una maldición en los oídos de Roger.

Sin embargo, la calma no tardó en restablecerse en su alma.

A medida que se acercaba al castillo le parecía que el recuerdo de Juana se alejaba de él.

La señorita de Fonterose volvía á presentarse ante sus ojos.

Al atravesar el camino que conducía al sitio en que Nicolasa, Binic y Juan habían realizado el objeto de su expedición nocturna, vió á la entrada del bosque á dos hombres.

Hablaban con gran animación.

Con movimientos rápidos explicaba el uno al otro un hecho misterioso, sin que, por lo visto consiguiera convencerle.

Roger siguió su camino sin ceder á la curiosidad de averiguar quiénes fueran aquellos hombres, que eran el capitán Estrelles y Michaud.

El capitán estudiaba el asunto de los Kerandal con más interés que el procurador de Vannes, buscando el desquite á la vez contra Jacobo, por haberle humillado, y contra Santa, por no haberse entregado á él.

Los dos rivales se internaron en el bosque.

—Mirad, mi capitán, dijo Michaud señalando al suelo; por aquí han pasado. Las huellas de sus pasos se distinguen perfectamente, y parten de la orilla del

estanque. Nosotros estábamos al otro lado, y los vimos. Era la una de la madrugada. El procurador nos había encargado que vigilásemos estos sitios. Es un hombre que tiene buen olfato. Por desgracia, la distancia era grande y solo distinguíamos la luz de las linternas. Mis compañeros creyeron que eran pescadores. Pero á mi no me han engañado. Despedí á Greuche y Pecherolle, y me quedé solo esperando á que amaneciera, Entonces me dediqué á buscar las huellas de los paseantes nocturnos, no parando hasta encontrarlas. Las seguí, y un cuarto de hora después llamó mi atención un pedazo de tierra removida. Había seguido el mismo camino que los Kerandal.

Ni el capitán ni Michaud podían sospechar que fueran otras las personas cuyo misterio trataban de penetrar.

De repente lanzó Michaud una exclamación de sorpresa.

—¡Qué es esto! exclamó al ver un objeto que pendía de una rama de sarmientos.

Aquel objeto era un pañuelo blanco de batista.

Y como los Kerandal no podían permitirse ese lujo, Michaud y el capitán convinieron en que debía pertenecer á alguna dama del castillo.

¿Pero cómo se encontraba allí aquel pañuelo?

El descubrimiento del misterio se complicaba.

El capitán tampoco consiguió descifrar el enigma.

—El caso es, dijo, que habeis encontrado el nido. Llevadme al sitio donde está.

Vagamente presentía que otras personas extrañas á los Kerandal había mezcladas en aquel asunto.

La señorita de Fonterose estaba en buenas relaciones con ellos.

¿Sería una de aquellas personas?

El capitán y Michaud siguieron su camino sin hablar una palabra.

El mismo pensamiento les preocupaba.

Los dos querían hacer suya á Santa á toda costa.

Michaud se hubiera declarado cómplice de los Kerandal por una palabra de amor de Santa.

Pero como Lesguidou había hecho tan público el suceso, no podía retroceder.

Y, por otra parte, la justicia estaba ya avisada.

De un momento á otro entraría en funciones el procurador de Vannes.

El capitán no tenía los mismos escrúpulos que Michaud.

Hombre corrompido, todos los medios le parecían buenos para llegar al fin que se proponía.

Y la casualidad le favoreció.

Cuando llegaron al sitio que buscaban, vieron á lo lejos una mujer cubierta de los pies á la cabeza por un manto negro.

Era Santa que volvía de Elven, donde había ido para enterarse del estado de Juana.

El capitán dió con el codo á Michaud.

—Os la juego á cara ó cruz, le dijo.

—¿Cómo?

—Tengo mi plan. Vos ó yo, Elegid.

El capitán echó un luis al aire.

—Cara, dijo el gendarme.

Salió cruz.

—He ganado, dijo el capitán.

Michaud se retorció el bigote con tanta furia, que estuvo á punto de arrancársele.

Santa tenía que pasar forzosamente por delante del capitán y de Michaud.

El capitán se acercó á ella.

—Santa, la dijo, necesito hablaros.

—¿Para qué?

—Tengo que aclarar algunos puntos de mi conducta que os parecerán inexplicables.

Michaud, trémulo de ira, saludó al capitán militarmente.

—Habeis ganado, le dijo, y os dejo el campo libre.

Y montando á caballo, se alejó.

El capitán miró á su alrededor.

No vió á nadie.

—¿Qué teneis que decirme? le preguntó Santa.

—Vuestro hermano me ha inferido una grave ofensa.

—Lo sé.

—Y voy á borrarla.

Santa le miró fijamente.

—No me conoceis, le contestó.

—Sé que eres hermosa y buena, y precisamente por esas dos cualidades te amo. ¿Te negarías á salvar la honra de tu familia? ¿Te negarías á salvar al hermano que te ha protegido?

—La honra de mi familia no peligrá. Mentís. ¿Dónde están las pruebas que nos acusan?

—Las tengo en mi poder. Sé donde está el cadáver de Noel Trelan.

—Dejadme libre el paso. Mentís, os aborrezco.

—Y yo te amo y te amaré siempre, y no retrocederé ante ningún obstáculo para hacerte mía.

—¿Ni siquiera ante una infamia?

—Tú lo has dicho. Necesito vengarme, y me vengaré.

—¿Y con ese objeto os habeis puesto de parte de nuestros enemigos? ¡Y todavía me habláis de amor!

—Una palabra, una mirada tuya, basta para que me separe de las aves de rapiña que os cercan.

—Y esa palabra, ¿cuál es?

—Sé mía una hora nada más.

—¿Qué cobarde debeis ser cuando insultais así á una mujer!

—Tú tienes la culpa de todo. ¿Por qué eres tan hermosa, que basta verte para enloquecer por tí? Tú tienes la culpa de todo. ¿Por qué has acercado á mis labios la copa para retirarla después? Sé donde están

los restos informes de la víctima de tu padre. Si dudas de mi palabra, te enseñaré su fosa. Poseo, además, otro secreto terrible. Tu hermano Jacobo asesinó al marqués de Fonterose. Yo era ayudante del general que mandaba su cuerpo de ejército. Tengo los documentos que prueban el crimen. Pero si me das tu amor, te juro guardar el secreto.

—¿Qué vergüenza! murmuró Santa. ¡Jamás!

—¿Y no será una vergüenza ver á los Kerandal en el banquillo de los reos?

—¿Si al menos los salvarais!... Pero no podeis. Dejadme partir... Tantas infamias acabarán por volverme loca. ¡Paso! ¡Paso!

El capitán intentó un último esfuerzo.

—¿A quién temes? ¿A Michaud? Es un subalterno mío. Además, ignora el crimen de Jacobo. ¿Al tribunal? ¿Piensas que no pesará sobre él la opinión de todas las personas que residimos en el castillo si es favorable á vosotros? No debo dejar que te pierdas. ¡Elige!

—¡Me causais horror!

—Esa es tu última palabra.

Y puso el pie en el estribo para montar á caballo y alejarse de aquel sitio.

—¡No os vayais! exclamó Santa. ¡Salvadme!

.....
Una hora después, Santa entraba en Penhoet Pávida como una muerta.

—Si las personas á quienes amo son culpables, y vos sois hombre de honor, procurad salvarnos de la deshonra. Yo ya estoy perdida.

—Santa, os amo y os amaré siempre.

Estas fueron las últimas palabras que cambiaron Santa y el capitán Estrelles.

XIV.

Luz y telegrafía.

Berta Richard á Nicolasa Fonterose.

«Recibí tu carta. Me han impresionado tus noticias. Manda esta tarde á buscar al correo carta mía. »Es muy urgente. Mi marido te escribe en este momento.»

«BERTA.»

Después de leer este despacho, la señorita de Fonterose, que estaba hablando con su futuro, le miró frente á frente.

Roger no pudo sufrir su mirada y bajó la cabeza.

Nicolasa dobló el despacho y se lo metió en el bolsillo.

—¿Es un despacho de París? la preguntó Roger.

—Sí, de una amiga de colegio.

¿Sería una indiscreción preguntaros cómo se llama?

—No, por cierto. Berta.

—¿Berta de qué?

—Berta Richard.

—¿Es la mujer ó la hija de un banquero de ese apellido?

—La mujer. Jorge Richard tendrá á lo sumo treinta y seis ó treinta y siete años ¿Le conocéis?

—Le he visto alguna vez en el mundo de los negocios.

—¿Frecuentais el trato de los hombres de negocios?

—Sin duda. Son los reyes del día. Los nombres mas aristocráticos figuran en sus registros.

—¿Y entre ellos el vuestro?

—De todo os burláis.

—Hasta del Buey de oro, os lo confieso.

—El dinero es el Dios del día. Se destrona á los reyes, pero se respeta á los banqueros. Me he dejado llevar por la corriente. Hago antesalas á los millonarios. Pero no consentiré que ponga los pies en sus salones la señora de Ambares.

—Pues á mi no me asustan los hombres de negocios. Los puede haber muy honrados.

Nicolasa estuvo todo el día preocupada por el despacho de Berta.

No acertaba á explicarse su contenido.

Binic tuvo que hacer un nuevo viaje á Vannes con orden expresa de reventar el caballo, si era preciso para ganar un cuarto de hora.